

Tenia entonces el príncipe trece años de edad, pues que habia nacido en junio de 1478, dos meses antes que Gonzalo; y esta favorable circunstancia, á que se agregaban el abierto genial y la reverente solicitud del mozo, fué causa de que le prefiriese don Juan entre todos sus servidores, asistiendo Oviedo y tomando parte en sus lecciones durante el día, y entreteniéndole en los ocios de la noche con la lectura de los historiadores y moralistas.

Dos años contaba Gonzalo al servicio del príncipe, cuando abatido y quebrantado el imperio de los granadines, rindióse aquella poderosa metrópoli á los esfuerzos de Isabel y de Fernandó. Procuraban los Reyes que el príncipe don Juan tomase enseñanza, como heredero de ambas coronas, en los ejemplos de la gobernacion y de la guerra: era la conquista de Granada la mas difícil empresa que en muchos siglos acometieron las armas españolas; y el Rey Católico, que en el otoño de 1490 habia ya armado caballero al príncipe ante los muros de aquella opulenta ciudad, asentado el cerco y fortalecidos los reales en el siguiente año, quiso que asistiese al ejército la Reina Isabel con todos sus hijos, á fin de quitar la última esperanza de salvacion á los sarracenos. Siguió, pues, la corte Gonzalo Fernandez de Oviedo, y todavía en su adolescencia, tuvo la fortuna de conocer allí los mas ilustres varones que á la sazón florecian en España, y de presenciar los mas heroicos hechos, que iba ya recogiendo cuidadosamente, formando así el inapreciable tesoro de sus obras<sup>9</sup>. Conoció allí tambien á Cristóbal Colon, pobre y oscuro mareante, á quien la Providencia encaminaba á Granada, para ofrecer á la Reina la mas alta ocasion que han visto las edades. Oviedo, que se prendaba de todo lo grande y extraordinario, no le perdió de vista desde aquel momento; y enterado con diligencia de su pasada vida, apuntaba cuidadoso todos los contratiempos que en la corte le sobrevenian. La rendicion de Granada, en que hicieron intervenir los Reyes Católicos al príncipe don Juan, puso término á tan peligrosas dilaciones, partiendo al cabo la feliz expedicion de la isla de Saltes el 5 de agosto de 1492, no sin que Oviedo formase el decidido propósito de escribir su historia<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> Tenian en mi tiempo 8,000 mrs. de quitacion y 12,000 en la despensa, que por tercios de quatro en quatro meses les pagaban, en dineros, cada un año. (Off. de la Casa Real de Cast., Bibliot. Nacional, Cod. T. 88: Quinq., III.ª Part., Est. 23.) Prescott, Irving, Ticknor, Ternaux y otros escritores extrangeros asientan que fué page, ya del príncipe don Juan, ya de los Reyes Católicos: semejante error, á que tal vez dió origen el mismo Oviedo, diciendo que se habia encontrado page muchacho en la conquista de Granada (Hist. gen. de Indias, I.ª Parte, lib. II, cap. 7), queda enteramente desvanecido, cuando se advierte que esta frase solo determina la tierna edad que entonces tenia, siendo muchos los pasages de sus obras en donde hace relacion del oficio que en la cámara de don Juan desempeñaba (Ad. á los Off. de la Casa Real: Hist. gen. de Ind., lib. VI, cap. 8). Debe sin embargo

advertirse que el destino de mozo de cámara era nuevamente creado, cuando se concedió á Oviedo, siendo considerado como cargo de distincion, pues que se exigia la nobleza.

<sup>9</sup> Al mencionar Gonzalo Fernandez la toma de Granada, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la expulsion de los judios y la herida del Rey Católico, escribe: «Assi que, no hablo de oydas en ninguna destas quatro cosas sino de vista, aunque las escriba desde aqui, ó mejor diciendo, ocurriendo á mis memoriales, desde el mismo tiempo scriptas en ellos» (Hist. Gen. y Nat. de Ind., I.ª Parte, libro II, cap. 7).

<sup>10</sup> En el prohemio que puso Oviedo al Sumario de la Natural Historia de las Indias, decia, dando al César noticia de sus trabajos literarios: «Todo lo qual y otras muchas cosas desta calidad muy mas copiosamente yo tengo escripto y está en los

Echados los cimientos á la gobernacion del nuevo reino y arrojados de España los judios, partieron entre tanto los Reyes Católicos de Granada la vuelta de Aragon, llevando en su compañía á las infantas y al príncipe don Juan, sus hijos. En Zaragoza permanecieron algunos meses, hasta que en el de octubre se encaminaron á Barcelona, donde estuvo el Rey á punto de ser víctima de la traicion ó de la demencia. «Viernes, siete dias del mes de diciembre (escribe Oviedo, testigo ocular del hecho), un villano natural del lugar de Remensa del Principado de Cataluña, llamado Juan de Cañamares, dió en Barcelona una cuchillada al Rey Católico en el pescueço, tan peligrosa que llegó á punto de muerte: del qual traydor fué hecha muy señalada justicia, no obstante que segund pareció, él estaba loco é siempre dixo que si le matára, que él fuera rey»<sup>11</sup>. Aun no convalecido de la herida, tuvo don Fernando nueva ocasion de admirar la clara prevision de la Reina Católica, respecto de la existencia del Nuevo Mundo. El ilustre genovés, tenido antes por loco, llegó á Barcelona en abril del siguiente año, presentando á los Reyes larga y brillante muestra de las riquezas que la desconocida América atesoraba: en pago de tan extraordinario servicio, no solamente alcanzó las mayores honras, conforme á las capitulaciones asentadas, sino que obtuvo la gracia, por él solicitada, de que sus hijos fuesen recibidos en el número de los pages del príncipe<sup>12</sup>. Era esta favorable coyuntura á los planes de Oviedo, que solo contaba quince años, y no la desaprovechó por cierto: el respeto que Cristóbal Colon le habia inspirado, se convirtió en acendrado cariño para con sus hijos. Distinguido por el príncipe, fué á Oviedo fácil empresa el iniciarse en la amistad de los jóvenes Diego y Fernando, inquiriendo de su padre por este camino cuanto habia sucedido en aquel viage, cuyo fruto era el descubrimiento de tan peregrinas regiones. Mas aunque muchacho, habia ya aprendido Gonzalo que no debe la verdad histórica recogerse en una sola fuente, y á fin de comprobar los hechos que apuntaba, procuró informarse tambien de los hermanos Pinzones, y en especial de Vicente, con quien desde entonces sostuvo amistosa correspondencia<sup>13</sup>. Esta

originales y crónica que yo escribo desde que tuve edad para ocuparme en semejante materia, así de lo que pasó en España desde el año 1490 hasta aqui, como fuera della» (Historiad. primit. de las Ind. occid., por don Andres Gonz. Barcia, tomo I). En el capítulo 30 del lib. L y último de la III.ª Parte de la Hist. Gen. y Nat. de Ind. escribia despues: «Doy (á Dios) infinitas gracias por la misericordia que conmigo ha usado, pues sin elegancia de circunloquios ni afeytes ni ornamentos de rethórica, sino llanamente ha dexado llegar á tal estado esta General y Natural historia de Indias, conforme á verdad, la qual há que continúo desde el tiempo que estas partes se descubrieron por el primero admirante don Chripstóbal Colon, año de 1492 hasta el presente de 1548; y pues há cinquenta años que ven esto entiendo, creer se debe que es historia».

<sup>11</sup> Historia General y Natural de Indias, I.ª Parte, libro II, cap. 7.

<sup>12</sup> «Mas como era prudente hombre (Cristóbal Colon) luego que á España fué con las nuevas del primero descubrimiento, suplicó á los Reyes Católicos que oviesen por bien que sus hijos el príncipe don Juan los rescibiese por pages suyos... E assi el príncipe don Juan tractó bien á estos sus hijos y eran del favorecidos é anduvieron en su casa hasta que Dios le llevó á su gloria en la ciudad de Salamanca año de 1497» (Hist. Gen. y Nat. de Ind., I.ª Parte, lib. III, cap. 6).

<sup>13</sup> Narrando lo ocurrido en los primeros viages que hizo Colon á las Indias, dice Oviedo: «Allende de lo que, fuy informado dellos é otros del primero camino, así como de Vicente Yañez Pinçon, que fué uno de los primeros pilotos de aquellos tres hermanos Pinçones, de quien queda hecha mençion; porque con este yo tuve amistad hasta el año de 1514 que murió» (Hist. Gen. y Nat. de Ind., I.ª Parte, lib. II, cap. 13).

juiciosa conducta, digna de edad madura, ha sido no obstante causa de que algunos escritores tengan á Oviedo por sospechoso, en cuanto á la historia de Colon se refiere <sup>14</sup>. Dispuesta entre tanto la segunda expedición del almirante, solicitaron seguirle muchos criados de la casa Real, amigos ó conocidos de Gonzalo, á quienes rogó que le comunicasen cuanto halláran digno de memoria. En este mismo año de 1495 conoció y trató en Barcelona á don Frey Nicolás de Ovando <sup>15</sup>, comendador de Lares, que en 1502 fué nombrado gobernador de la Isla Española, cuya capital recibió de sus manos considerables aumentos.

Restituyóse en 1494 la corte á Castilla, y con ella Gonzalo Fernandez <sup>16</sup>, de quien don Juan, su señor, se mostraba de día en día mas aficionado. Concertadas entre tanto las bodas del príncipe y de la princesa Margarita, hermana del archiduque de Austria, determinaron los Reyes Católicos en 1496 ponerle casa y rodearle de la juventud mas ilustre y de los mas experimentados caballeros. Oviedo, que no habia salido aun de la esfera de mozo, logró entonces que el mismo príncipe don Juan le encomendase, con título firmado de su mano, la custodia y llaves de su cámara, cargo de que se manifestó aquel honrado y satisfecho <sup>17</sup>.

14 Washington Irving en su *Vida y viages de Cristóbal Colon* (Apéndice n.º 28), no titubea en asegurar que no debe confiarse en la historia de Oviedo en materias relativas al almirante, suponiéndole, como al piloto Hernan Perez Mateo, partidario de los Pinzones. Para desvanecer esta idea ofensiva á Oviedo, cuya sinceridad y afecto á Colon se reconoce desde las primeras líneas de su obra, nos bastaría citar las siguientes palabras: «Godos son y españoles los que estas nuestras Indias hallaron, vasallos de V. M. y de la corona real de Castilla, guiados por la industria de aquel memorable almirante primero de ellas, don Chripstóbal Colon, cuya memoria no puede aver fin, porque aunque todo lo escrito y por escribir en la tierra perezca, en el cielo se perpetuará tan famosa historia... De cuyos subcesores deste almirante, me parece y es razon que quede un continuo y perpétuo acuerdo en vuestra Sagrada Magestad y en todos los reyes de Castilla, para honrar y gratificar y conservar la subgesion de Colon y su casa y sostenerla y aumentarla y estimarla, como joya propia y ornamento de sus reynos, pues fué causa de tantos bienes y que Chripstóbal y su fé cathólica en estas Indias se sirviesse y aumentassen» (*Hist. Gen. y Nat. de Ind.*, II.ª Parte, lib. I, Proh.). Quien de esta manera habla ¿podrá tenerse por sospechoso? Pero Oviedo, sobre quien se ha querido echar el borron de la ingratitud, es el primer escritor que tiene la gloria de haber considerado á Colon acreedor á que se le erigiese una estatua, y no de cualquier manera, sino una estatua de oro. «Por cierto (dice) aquella estatua llamada *holosphiraton* y la otra de Leonino, que fué el primero de los hombres que en el templo de Delphos puso á sí mismo una estatua de oro macizo, muy mejor la merecía don Chripstóbal Colon, primero descu-

»bridor é inventor destas Indias y primero almirante dellas en nuestros tiempos; pues no como Leonino, que mostrando el arte oratoria allegó el oro de su estatua, sino como animoso é sabio náuta de valeroso capitán nos enseñó este Nuevo Mundo, tan colmado de oro que se podrian aver fecho millares de estatuas, etc.» (*Hist. Gen. y Nat. de Indias*, I.ª Parte, lib. VI, cap. 8). Necesario ha sido que trascurran tres siglos para que se tribute á Colon el homenaje (y mas humilde ciertamente) que Oviedo le pretendia rendir á mediados del siglo XVI. Mas si quedase todavía duda del entusiasmo con que habla siempre de Cristóbal Colon, oigamos la declaracion que hace en otra de sus obras, respecto del descubrimiento de las Indias: «El qual servicio (exclama) hasta hoy es uno de los mayores que ningun vasallo pudo hacer á su príncipe y tan útil á sus reinos, como es notorio: y digo tan útil, porque hablando la verdad, yo no tengo por castellano ni buen español al hombre que esto desconosciessen» (*Sum. de la Nat. Hist. de las Ind. Proh.*).

15 *Bat. y Quinq.*, Bibliot. Nacional, Cod. K. 130, fol. 383 vuelto.

16 *Officios de la casa Real de Castilla*. Bibliot. Nacional, Cod. 205, fol. 3.

17 «En Almazan, año de 1496, se le dió casa al príncipe don Juan, mi señor, porque los que de antes de esso le serviamos, estábamos asentados en los libros de la Reyna Cathólica, é nuestros títulos firmados de S. A. é no del príncipe.» Y en otro lugar: «Tambien tuve las llaves (de la cámara) en los postreros días de la vida del príncipe» (*Officios de la casa Real de Castilla.—Quinq.*, III.ª Parte, Est. 23). Hablando tambien Oviedo de un collar de oro encontrado en Almazan en 1496;

En marzo de 1497 aportó á Santander la hija del emperador Maximiliano, en la misma armada que habia llevado á Flandes á la infanta doña Juana, desposada ya con Felipe. Saliéronla á recibir el Rey Católico y el príncipe con numeroso y lucido acompañamiento: proponiase don Juan festejarla galante y rendido, y tuvo por discrecion el presentarse á su vista, ostentando entre atrevido y recatado la cifra de su nombre. Fió la ejecucion de este proyecto á Gonzalo de Oviedo, el cual gozaba ya reputacion de entendido en las artes del diseño; «y cómo se satisfizo de la cifra, que estaba de letras antiguas mayúsculas latinas, le dijo:—Di, Oviedo, ¿entiendes lo que dicen esas letras que vas dibuxando?... A lo cual le respondió Gonzalo: «Señor, piensso que dicen *Margarita*. Estonces el príncipe se sonrió, y dixo: Pues mira, guárdate del diablo; no lo digas ni enseñes á hombre del mundo <sup>18</sup>». Esta escena, que por una parte descubre la inocente galanteria de don Juan, hasta por otra para darnos á conocer el aprecio íntimo que hacia de Gonzalo. Avistáronse al fin los dos príncipes en Reinosa, y veláronse en Burgos en los primeros días de abril, con las mayores fiestas y regocijos que jamás se vieran en España: las mas generosas damas y los mas poderosos magnates compitieron, segun el mismo Oviedo nos refiere, en la pompa y gala de sus joyas y atavíos y en la magnificencia y numeroso séquito de sus casas, como quienes procuraban hacer público el placer de sus corazones por tan deseado acontecimiento <sup>19</sup>.

Breves fueron, por desgracia del suelo español, tantas alegrías y esperanzas: el príncipe don Juan, que apenas contaba diez y nueve años, adoleció en Salamanca de tan aguda fiebre, que le acabó en trece días, espirando el 4 de octubre, cuando no se habian terminado aun los regocijos en algunas villas y ciudades de los reinos. Hondo sentimiento produjo en todas tan infausto suceso, y mayor quebranto causó entre los fieles servidores del príncipe, cuya brillante corte se desvaneció como por encanto, acogiéndose unos al retiro de la clausura, muriendo otros de tristeza y partiendo otros á extrañas regiones, para buscar tal vez en la guerra el fin de sus días. Gonzalo Fernandez de Oviedo eligió el último partido. «Mi descontento (dice) me llevó fuera de España á peregrinar por el mundo, habiendo pasado por mí muchos trabaxos y nessesidades, en diversas partes discurrendo, como mançebo, á veces al sueldo de la guerra y otras vagando de unas partes y reynos en otras regiones <sup>20</sup>». Anduvo así por toda Italia, teatro en aquellos días de las proezas de los tercios castellanos y de la pericia del Gran Capitan; y guiado siempre de los saludables avisos que en la infancia habia recibido, huyó cuidadosamente de los malos y viciosos, procurando el trato de los buenos é ilustres. Ni le abandonó tampoco su grande afición á los estudios: su amor á la pintura le acercó á Vinci, Ticiano, Michael Angelo y Urbino, príncipes de aquella encantadora arte: su inclinacion á las ciencias y á las letras le indujo á solici-

precisamente en los días en que se dió casa al príncipe, dice: «Yo tuve este collar en mi poder, porque tuve las llaves de la cámara del príncipe» (*Hist. Gen. y Nat. de Ind.*, I.ª Parte, libro VI, capítulo 8).

TOMO I.

18 *Bat. y Quinq.* Bibliot. Nacional, Cód. K. 81 fol. 56.

19 *Bat. y Quinq.—Hist. Gen. y Nat. de Ind.*, III.ª parte, lib. X, cap. 6.

20 *Quinq.*, III.ª Parte, Est. 23, Ff. 106, fol. 48.

tar la amistad del docto Pontano, y de los no menos celebrados ingenios Serafin del Águila y Jacobo de Sannazaro, padre de la poesia bucólica italiana<sup>21</sup>: su predileccion á los trabajos históricos le impulsó á estrechar relaciones con todos los hombres señalados en armas, notando cuanto veia, y encomendándolo ya á la memoria, ya á la pluma. Oviedo no desaprovechó por tanto un solo dia, durante su permanencia en Italia; y para hacer mas fecundas sus tareas, se dió al estudio de la lengua toscana, enriquecida por tantos y tan esclarecidos escritores, buscando al mismo tiempo y adquiriendo los libros que mas convenian á su propósito, algunos de los cuales conservó hasta los últimos años de su vida<sup>22</sup>.

Tres habia pasado desde la muerte del principe don Juan sin permanencia ni rumbo seguro, ya alistado en las banderas españolas, ya al servicio del duque de Milan, ya en el palacio del marqués Francisco de Gonzaga, cuando publicado en 1500 el jubileo, tomó la vuelta de Roma, con intento de ganar, como católico, las indulgencias concedidas á los fieles por el Sumo Pontífice. Conoció allí á don Antonio de Acuña, que servia entonces en la cámara de Alejandro VI, y que tanto figuró veinte años adelante en las comunidades de Castilla<sup>23</sup>; presenció las desavenencias y sangrientos choques ocurridos entre los suizos del duque Valentin y los cuerpos españoles que militaban en la guardia del Papa<sup>24</sup>; asistió al famoso duelo de Ferrer de Lorca y el castellano de Arche, donde se reprodujo fielmente uno de aquellos desafíos, narrados con frecuencia en los libros de los Amadises y Esplandianes<sup>25</sup>; y depositando todos estos hechos en sus curiosos diarios, partió para Nápoles, terminada ya la cuaresma. Solicitó, al llegar á esta córte, entrar al servicio del rey don Fadrique, de quien fué bien recibido y tratado, creyendo con esto reparar la inolvidable pérdida del principe de Castilla. «Pero como me estaban (dice) otros trabajos esperando, reservados en mi poca ventura, siguióse que el siguiente año aquel buen rey perdió su reyno, dividiéndole España y Francia<sup>26</sup>.»

Era el reino de Nápoles desde siglos anteriores blanco de la política francesa, que habia encontrado siempre insuperable barrera en el esfuerzo de los españoles. Codiciaban ahora su posesion, alegando cada cual privilegiado derecho, el rey don Fernando y Luis XII; y temerosos de empeñarse en nuevas guerras, ó ya reconociendo la necesidad de reunir sus fuerzas contra el turco, enemigo formidable de la cristiandad, resolvieron, al asentar las paces, que el Abruzo y la Campaña quedase por el de Francia, con título de rey de Nápoles, y se llamára el Católico duque de la Pulla, con el señorío de Calabria. Despojado en tal manera el desdichado don Fadrique, no faltaron consejeros que le incitaran á la venganza, proponiéndole que trajese en su ayuda contra los cristianos, que así le vilipendiaban, las temidas armadas del turco; pero aquel infeliz principe rechazó in-

21 *Quinq.*, I.<sup>a</sup> Parte, Est. 44, fol. 103.

22 «Discurrí por toda Italia, donde me dí todo lo que yo pude á saber é leer y entender la lengua toscana, y buscando libros en ella, de los quales tengo algunos que ha mas de 55 años (escribia en el de 1555) que están en mi compañía, desseando por su medio no perder de todo

»punto mi tiempo» (*Quinq.*, III.<sup>a</sup> Part., Est. 23).

23 Relacion de lo subçedido en la prision de Francisco de Francia, etc.—Cod. X. 227, fol. 69 vto.

24 *Quinq.*, III.<sup>a</sup> Part., Est. 45, fol. 74.

25 *Quinq.*, III.<sup>a</sup> Part., Est. 23, fol. 48 y sig.

26 *Quinq.*, lb.

dignado intento semejante, declarando que en nada tenia la corona, si habia de ser recuperada á tan infame precio<sup>27</sup>. Resignado con su desgracia, reunió al fin don Fadrique la Real familia en la cámara de la Reina viuda, y con lágrimas y sollozos les manifestó su dolor é infortunio, despidiéndose tiernamente de todos. «Aquesto (escribe Oviedo) turó bien cuatro horas, y de allí se salió el rey, y al tiempo que salia, como yo estaba en la puerta y le servia en la cámara, díxome: Oviedo, la Reyna, mi hermana, quiere que vais con ella, y yo os lo mando por amor mio; porque se le ha ido su guardarropa á los franceses (que ha veynte é cinco años que la sirve desde que la criaba), y quiere que tengáis su cámara, porque os criásteis en la del señor principe de Castilla. Haceldo así, que todo parará en bien, y presto volveremos todos á Nápoles. Lo que yo sentí con la misma angustia de la muerte, é hincado de rodillas, le supliqué que oviese por bien que yo fuesse á morir donde S. M. fuesse. É él dixo: Haced lo que yo digo: que aunque vais con la Reyna, mi hermana, no me dexais de servir<sup>28</sup>.»

Mientras el triste D. Fadrique embarcaba los restos de aquel naufragio político, para refugiarse en la isla de Isela, la princesa doña Juana, que pocos años antes ceñia la corona de Nápoles<sup>29</sup>, partia de esta capital con toda su servidumbre en siete galeras, que al mando de don Inigo Lopez de Ayala habia enviado el Gran Capitan, para que la llevase á Sicilia. Iba Oviedo en su compañía, y arribada á Palermo aquella escuadrilla en los primeros dias de agosto de 1501, permaneció al servicio de la Reina por el espacio de diez meses, tiempo en que procuró cultivar la amistad de Gonzalo Fernandez de Córdoba, no descuidando el acaudalar sus memoriales, ya con la relacion de las hazañas de tan ilustre caudillo, oidas de su propia boca, ya con peregrinas noticias de aquella celebrada isla, ya finalmente con la narracion de los sucesos, de que era testigo. En mayo de 1502 se daba nuevamente á la vela la reina doña Juana, dirigiéndose á la ciudad de Valencia, á donde llegó en el término de ocho dias, teniendo el placer de estrechar allí en sus brazos á su anciana madre, que habia salido á recibirla. Pasados algunos meses, dió Oviedo cumplida cuenta de la cámara, puesta á su cuidado, y con licencia de doña Juana, se despidió de su servicio, encaminándose á Madrid, su patria, no sin tocar antes en Zaragoza, ciudad en que á la sazón se hallaba, teniendo Córtes, el Rey Católico<sup>30</sup>.

27 Despues de dar noticia de este consejo, del cual disuadió al rey don Fadrique con muy cristianas razones don Frey Luis Garrapho, caballero de la Orden militar y hospitalaria de San Juan de Jerusalem, dice Oviedo: «Bien creo que pocos chronicistas han hecho memoria de esta cathólica é sancta determinacion del rey don Federique: ni os maravilleis, lector, que yo tan puntualmente os la haya contado.... y sabed que servia en su cámara de ayudante de cámara, é uno era yo de los que guardábamos la puerta mas próxima á su real persona é oy muy bien lo que en aquel consejo se

»tractó y os tengo dicho» (*Quinq.*, II.<sup>a</sup> Part., Est. 34, Cod. Ff. 205, fol. 75 vto.).

28 Epilogo Real y Pont., edad VI. Reyes de Nápoles, *Bibliot. Nacional, Cod. orig.* S. 33, f. 376 vto.

29 La Reina doña Juana, que era sobrina del Rey Católico, habia sido esposa de Fernando II de Nápoles, muerto sin hijos en 1496: sucedióle en el trono su tío don Fadrique, último rey de aquella dinastía.

30 El erudito don Joseph Alvarez Baena, en sus *Hijos ilustres de Madrid*, tomo II, pág. 353, se expresa del siguiente modo, al dar noticia de estos